

HALLAR LO QUE MÁS IMPORTA EN LA VIDA:

PÉRDIDA Y HALLAZGO DE JESÚS EN EL TEMPLO [272]

Contemplación – 2025

Queridos amigos, ¡qué gusto compartir otro episodio de la vida del Señor en estos Ejercicios Espirituales!. Meditar un pasaje, un momento denso, lleno de contenido de la vida de Jesús, que siempre nos resulta misterioso, pero que a la vez nos ilumina, que nos muestra el querer del Señor sobre la familia en general, sobre cada uno de nosotros. Se trata de la **pérdida y el hallazgo del Niño en el Templo de Jerusalén**.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

[272] DE LA VENIDA DE CRISTO AL TEMPLO QUANDO ERA DE EDAD DE DOCE AÑOS ESCRIBE SANT LUCAS EN EL CAPÍTULO 2, 41-50.

1° Primero: Cristo nuestro Señor de edad de doce años ascendió de Nazareth a Hierusalém.

2° 2°: Cristo nuestro Señor quedó en Hierusalém, y no lo supieron sus parientes.

3° 3°: Pasados los tres días le hallaron disputando en el templo, y asentado en medio de los doctores, y demandándole sus padres dónde había estado, respondió: (*¿no sabéis que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?*).

La historia: (Lc 2,41-50).

«Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió los doce años, subieron como de costumbre a la fiesta. Pasados aquellos días, ellos regresaron, pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtieran. Creyendo que estaría en la caravana, y tras hacer un día de camino, lo buscaron entre los parientes y conocidos. Pero, al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca.

Al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y haciéndoles preguntas. Todos cuantos le oían estaban estupefactos, por su inteligencia y sus respuestas. Cuando lo vieron, quedaron sorprendidos; su madre le dijo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos andado buscando, llenos de angustia”. Él les dijo: “Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabías que yo debía estar en la casa de mi Padre?” Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio.

Jesús volvió con ellos a Nazaret y vivió sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres».

Petición:

[104] Demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

PUNTOS

1- Versículo 41: Dice: «*Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua*».

Está hablando del Niño que crecía en sabiduría. Se trata de una precisión muy relevante. Cuando dice que «*iban todos los años*», está queriendo decirnos que la familia de Nazaret era una familia piadosa, como aquellos que van todos los domingos a la Misa, o que siempre están en la Semana Santa participando de las celebraciones sagradas.

José y María eran judíos de fe. Claro, no era tan simple como ir a la parroquia más cercana. Para ellos, ir a Jerusalén desde Nazaret significaba un esfuerzo muy grande, unos 150 kilómetros que recorrerían muy seguramente a pie, o a lomo de burro, o de camello, o de algún otro medio.

Pero hacer esto cada año, era un esfuerzo muy grande. Y por eso se habla de que iban en estas caravanas, varias jornadas de camino, toda una logística; y no sólo eso también, todo un esfuerzo de trabajo que dejaban en su tierra para hacer la peregrinación, y también una concentración, una certeza de que lo primero es Dios. Todos los años al Templo, todos los años a la fiesta de la Pascua, a la fiesta que conmemoraba la salida de los hebreos de Egipto, la liberación obrada por medio de Moisés.

Valía la pena ir a celebrar una fiesta. La liturgia, es decir la celebración de las fiestas para un hebreo y para un cristiano, es supremamente importante. Porque nosotros sabemos que, al celebrar una fiesta, no simplemente nos estamos acordando de un acontecimiento que permanece en el pasado, sino que estamos volviendo a vivir, trayendo al presente este acontecimiento. De modo que cuando un hebreo celebra la fiesta de Pascua cada año, no dice: “Hace tres mil años, hace dos mil años, nuestros padres fueron liberados de Egipto. Hace dos mil y tantos años, Moisés obró prodigios en el Mar Rojo”. No se están acordando de algo que quedó sepultado en el ayer, sino que están viviendo de nuevo aquella experiencia. Y cuando un hebreo celebra la Pascua dice: “Hoy fueron liberados nuestros padres de Egipto”. Cuando nosotros vamos a las fiestas litúrgicas, cuando nosotros vamos por ejemplo a la Misa, cada día o cada domingo, podemos decir: **“¡Hoy Cristo resucitó! ¡Hoy fui salvado de todos mis pecados! ¡Hoy he sido rescatado!”** Se actualiza, se trae al presente lo que el Señor ha hecho, porque es un acontecimiento que nunca pasa.

Esto nos recuerda que la vida no es un repetir cosas del ayer o un simplemente vivir en función del mañana, sino un vivir en el hoy. Hoy tienes una situación concreta en tu vida, en tu familia, en tu corazón, en tu trabajo. Y hoy el Señor quiere darte una respuesta y por eso ir cada año a la fiesta de la Pascua no es simplemente que se trata de gente supremamente religiosa o que le da miedo irse al infierno si no van a la fiesta, sino que tienen una conciencia de que la relación con Dios tiene un momento cumbre, un momento sublime en la celebración litúrgica de la fiesta, porque ahí sucede que se vuelve a hacer presente lo que Dios ha hecho. Se revive Su gran salvación. Cuando nosotros celebramos

la Misa, podemos decir que **hoy** ha resucitado el Señor, y por eso tenemos este gozo. Esa es la perspectiva de esta familia. Sus padres *«iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua»*.

2- Versículo 42: Dice: *«Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta»*.

Esto de los doce años es muy importante. Hay doce tribus en Israel, doce son los Apóstoles de Jesús. Es un número que habla de plenitud. Pero también es importante porque la tradición hebrea dice que la mayoría de edad de un varón hebreo llega a los trece años, no a los dieciocho o a los veintiuno, según las costumbres más occidentales o recientes.

Hay una ceremonia que es la ceremonia de la mayoría de edad. Se llama el Bar Mitzvah. En ella, un joven hebreo que ha ido a la escuela con el rabino, que ya conoce las Escrituras, lee en público por primera vez la Biblia. Y ese acto de leer en público, de tener la capacidad de relacionarse con la Sagrada Escritura, de conocerla, de decir una palabra sobre ella, declara que ya es autónomo, que tiene esta capacidad de decirse mayor de edad. Miren qué bonito. No es un gesto, no es un hito que se cumple simplemente porque el calendario ha dado dieciocho vueltas al sol en una persona, sino porque el signo que demuestra la mayoría de edad es la capacidad de relacionarse con la Escritura. Una persona que la puede leer, que la puede hacer suya, ya tiene un compañero de camino, tiene un manual para la vida. El manual para la vida de un hebreo no es el estudio en la universidad, no es el patrimonio de herencia que le dejan los padres, el tener un contrato de trabajo o de un postgrado en una universidad. Es la relación con la Palabra Viva de Dios.

Eso es lo que han hecho nuestros Patriarcas, nuestros grandes maestros. Abraham salió de su tierra por una Palabra, lo mismo hizo Isaac y Jacob. Es decir, la adultez de nuestra vida es cuando nuestras decisiones, cuando los pasos claros de nuestra vida los hacemos a partir de la Palabra.

No es un mero acto formal de leer un texto, es que realmente la Palabra sea nuestra vida. Y por eso esa reminiscencia a la ceremonia de adultez de un hebreo es tan importante para nosotros. ¿Cuándo serás adulto en la fe? ¿Cuándo serás adulta en la fe? ¿Cuándo dejarás de ser un niño en las cosas de Dios? Cuando la Escritura sea para ti verdaderamente la guía. Cuando decidas no conforme a lo que otros quieren, conforme a las presiones, a las modas, sino conforme a la Palabra de Dios. En otras palabras, **cuando hagas la Voluntad de Dios**. Bien, pues esta ceremonia se celebraba a los trece años. Aquí dice cuando tuvo doce, como un poco adelantado.

3- Versículo 43: Dice: *«Pasados los días...el Niño Jesús se quedó en Jerusalén sin saberlo sus padres»*.

Y entonces, ¿qué sucede al volverse? En general, la emancipación de la autoridad familiar, es un signo de la adultez. Ya no vivo bajo el mismo techo con mis padres, me mantengo, decido. Jesús decide. Dice: *«sin saberlo sus padres»*. Uno diría, ¿pero por qué no les contó?, ¿por qué no les informó? Ahí, por supuesto que hay un componente de misterio.

Mi propósito al hacer una meditación y un comentario no es explicarles todo lo que al final sólo Dios sabe. Es tratar de ofrecer una luz. Jesús tenía sólo doce años, sus padres van a la fiesta y se regresan sin saber que su Hijo se había quedado en Jerusalén.

Pero también la mayoría de edad tiene que ver con la independencia en la toma de decisiones. Con no tener que preguntarle a todos lo que voy a hacer con mi vida. No de una manera reivindicativa y rebelde, “porque sí”, por llevar la contraria; pero es asumir el peso de la propia vida, es asumir que mi existencia está en mis propias manos y en las de Dios. Y hay un punto en el cual no le puedo ni le debo pedir permiso a nadie.

En este caso, cuando tiene doce años, nos resulta todavía misterioso. Pero hablando más en general, la adultez tiene que ver con eso. Porque hay personas que nunca acaban de tomar decisiones propias. Hay personas que nunca acaban de tener que satisfacer a otros: De dar la talla, de darle gusto a quien es su autoridad, a su papá, a su mamá, a sus hermanos, a su novia, a su novio. Este signo que hace Jesús nos dice que hay un punto de tu vida en que te pertenece el tomar las decisiones, y no puedes depender del qué dirán, no puedes depender de la imposición o de cualquier tipo de manipulación que otros quieran, con buena o no buena voluntad, ejercer sobre tu vida. Esto nos da muchas pistas. Porque hay muchas cosas que tampoco estamos obligados a informar o a explicar.

Hay muchas cosas que se las tenemos que explicar a Dios y a nadie más. Y al final esa es la adultez. Yo vivo de cara a Dios, no de cara a los hombres. Yo vivo para darle cuentas a Él y Él es el que sabe lo que yo hago, aunque muchos no me entiendan en este mundo, no me comprendan o estén en contra de mí.

4- Versículo 44: Continúa el Evangelio: *«Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino y le buscaban entre los parientes y conocidos».*

Entonces imaginémonos esta experiencia. Hay una caravana, y es costumbre para los hebreos que los hombres y las mujeres vayan separados. Van en la misma caravana, pero en segmentos distintos de la hilera. Y es muy común que los niños vayan junto a las mujeres. Pero un niño de doce años es un niño que seguramente no es propiamente un infante y ya tiene una cierta edad para también ir con su padre, con los varones. Por tanto, está en ese segmento en el cual puede estar en cualquiera de los dos casos.

¿Cómo funcionaban los recorridos de los hebreos? A una hora temprano en la mañana te levantas y haces todo un recorrido, y al final de la jornada, en un campamento o en una aldea, en una población, te detienes, paras para pasar la noche, para comer, para descansar. Entonces al recorrer una jornada, no es que durante todo el recorrido estás preguntando dónde está fulano, dónde está sultano; sólo haces como dos momentos de balance, al inicio y a la salida. Y es probable que a la salida pudiera pensar María: “Va con su padre”; y José pensara: “Va con las mujeres”. Y por eso sólo al final del primer día, en la noche, cuando terminan la jornada y se reúnen ya para descansar por grupos familiares, se dan cuenta que el Niño no está. Pero ya han recorrido un día entero de itinerario. Por tanto, para volver a Jerusalén a buscarlo, al día siguiente deben regresar. Y seguramente al regresar a Jerusalén lo hacen también en la noche. Por tanto, el periodo de búsqueda efectiva solo será posible al tercer día.

Cuando han regresado a Jerusalén, han pasado la noche seguramente a las afueras de la ciudad, y ya al tercer día entran de nuevo al Templo, a la muralla, a las casas, lo preguntan con conocidos, y terminan encontrándolo. Por eso se explica que este episodio diga: “**La**

pérdida y el hallazgo del Niño al tercer día en el Templo de Jerusalén". Dice aquí con claridad que el Niño «*se quedó*»; pero dice: «*Creyendo que estaría en la caravana, ..., lo buscaban entre parientes y conocidos*».

5- Versículo 45: Dice: «*Pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca*».

6- Versículo 46: Dice: «*Y sucedió que al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles*».

Podemos imaginar la angustia de José y de María. La angustia de María por no encontrar a su Hijo. No sé si alguna vez has vivido esto; yo he vivido la experiencia de algún padre, por ejemplo, de una madre que en un centro comercial, en un sitio de mucha gente, de mucha congregación de personas, pierde a su hijo, aunque sea sólo por un instante. "Mi hijo estaba conmigo y ya no está". La angustia, la agonía, la desesperación que se siente de no tener al hijo es impresionante.

Y luego pensemos en el caso de José. Por supuesto Jesús era también su Hijo, su Hijo adoptivo y verdadero, pero también él tenía la responsabilidad. "¡Me han confiado a lo más importante! ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado!?" Y pensemos que esta angustia no fue una angustia de un momento, de un instante, fueron muchas horas en las que José pudo pensar, tuvo que sufrir tremendamente también pensando con la tentación de culparse, con la tentación de juzgarse, y de decir: "¡He fracasado, no he sido capaz! ¡Dios me ha confiado por medio de un Ángel al mismo Hijo de Dios y lo dejé perder! Fui capaz de llevarlo a Egipto, fui capaz de protegerlo de Herodes, lo crié en tierra extranjera y ¡se me va a perder ahora! ¡Pero por Dios! ¿Qué está pasando!?"

Eso nos puede pasar también a nosotros en nuestra vida, el pensar que en alguna circunstancia viene el fracaso, somos incompetentes, somos inútiles, que no hemos dado la talla, que no hemos hecho lo que tocaba. Cuando quizás has perdido un trabajo, cuando has perdido una oportunidad, cuando ha sucedido alguna circunstancia que piensas que puede ser por negligencia tuya y entonces vienen todos los razonamientos, vienen todas las culpas, vienen los latigazos propios, vienen las fustigaciones y esto nos puede llevar a la desesperación.

Ellos no se imaginaban en ese momento que Jesús se había quedado deliberadamente. ¿Se lo habrá comido una fiera?, como habían dicho de José, el hijo de Jacob, cuando sus hermanos lo vendieron a unos mercaderes que lo llevaron también a Egipto. ¿Habría muerto? ¿Qué le ha pasado a este Niño? Esto nos ayuda también a pensar en cómo manejar situaciones que nos hacen sufrir o que nos llenan de estrés, cómo mantener la calma, cómo no perder de vista realmente al Señor, cómo no claudicar, renegar, abandonar o quizás culpar a otros. Es posible que cualquier pareja hubiera dicho: "Pero, ¿cómo!? ¿Tú lo tenías?" "¡No!, ¡pero había sido responsabilidad tuya! Hubiera podido generar esto un conflicto tremendo entre José y María.

Podríamos imaginarnos que hasta hubiera podido cualquier persona, separarse, alejarse, divorciarse porque se culparían mutuamente. Pero aquí encontramos que José y María iban juntos, que en medio de la dificultad emprendieron la búsqueda juntos, que ni siquiera se

separaron. Al menos ese detalle no lo precisa el Evangelio. “Ve y búscalo tú por aquí; yo lo busco por allá”. Estuvieron todo el tiempo juntos. **En medio de la crisis mantuvieron la cohesión.** Y esto también es supremamente ilustrativo e importante para nuestra vida. Cómo, frente a momentos de crisis, no culpar, no condenar, no acusar. Tener la entereza de suspender el juicio, de cerrar la boca y de esperar a que la situación se aclare, aunque vengan todo tipo de pensamientos. Esto es una prueba de madurez humana, de madurez en la fe. Cómo manejar una crisis, cómo no perder la compostura, cómo no perder la calma.

Y entonces dice: *«y sucedió que al cabo de tres días lo encontraron en el Templo, en medio de los maestros»*. O sea, ¿cuál es el contexto? No lo encuentran jugando, no lo encuentran porque se hubiera escondido, no lo encuentran porque un familiar lo hubiera retenido, o algún amigo. Lo encuentran en medio del Templo, en una circunstancia que resulta misteriosa.

Sabemos que el Templo de Jerusalén del tiempo de Jesús era un edificio majestuoso, imponente. Era costumbre también que los entendidos en la Ley y en las Escrituras tuviesen diálogos, y diálogos especialmente con los jóvenes. La cuestión de estudiar la Escritura era cosa de hombres, era cosa de los varones. Y, por tanto, es un cuadro que resulta aún más sorprendente porque hubiera podido también entrar al juicio: “¿Cómo es posible que estés en la casa de Dios, que te digas seguidor de Dios, y nos hagas esto?” Hubiera podido venir el reproche, la recriminación. ¡Qué manera tan impresionante también de José y María de hacer la pregunta! No llegan con un regaño, no llegan con un castigo, no llegan con una condena.

7- Versículo 48: Dice: *«Cuando le vieron, quedaron sorprendidos; su madre le dijo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando”*».

¡Qué preciosidad estas palabras de María! Son dos afirmaciones distintas que se complementan y que hacen como un balance.

«Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?» María pregunta. **María siempre pregunta.** María no va por la vida con el juicio y la acusación, ni siquiera frente a su propio Hijo. Hubiera podido decirle: “Te lo he dicho muchas veces, ten cuidado. ¡Cómo es posible!” Le hubiera podido decir muchas cosas que una madre le puede soltar a su hijo, pero no lo hizo. *«María le preguntó al ángel: “¿Y cómo será esto porque no conozco varón?”*», cuando le anunció que sería la Madre de Dios. María es la experta en preguntar. Antes que juzgar, antes que condenar, pregunta. Aunque parezca evidente, aunque parezca contundente, aunque parezca claro que el otro se equivocó, que la culpa es del otro, **María no va con el juicio.**

¿Cuántas veces tú y yo hemos podido sufrir una injusticia, de niños o de adultos, porque alguien juzgó rápidamente, precipitadamente, y nos condenó? ¿O cuántas veces tú y yo hemos podido condenar a alguien, despedir a un empleado, terminar una amistad, cerrar una relación, porque nos pareció evidente? “¡Los encontré allí! ¡A mí que no me digan nada!, y entonces los voy a condenar”.

Recordemos a esa mujer adúltera que le traían a Jesús. Yo me imagino maltratada, humillada, casi de los cabellos, porque la pena que le esperaba a los adúlteros era la

lapidación, y la ponen delante de Jesús. «*A ésta la hemos cogido en adulterio*». Y Jesús, ¿qué le dice a esta mujer?: «*Hija, ¿ellos no te condenan? ¿Nadie te condena? ... Yo tampoco te condeno*».

Jesús empieza con una pregunta: «*¿Nadie te condena?*», «*Yo no te condeno*»; y tiene misericordia. ¡Qué maravilla que en nuestras relaciones aprendamos a preguntar!, aunque tengamos el corazón herido, aunque nos parezca todo evidente y contundente, siempre preguntar. «*¿por qué nos has hecho esto?*» Y segundo, a pesar de eso, de que pregunta, María también expresa sus sentimientos. Esto es fundamental.

Muchas veces no queremos mostrarnos vulnerables, entonces yo simplemente puedo decir: “Bueno; que esto no se repita, que no vuelva a suceder”; como tratando de disimular mi propio dolor. Pero María no dice eso. María dice: «*Tu padre y yo angustiados*». María expresa sus sentimientos: “Estaba angustiada, Hijo. ¿Cómo no te lo voy a decir? ¿Cómo no te voy a expresar la angustia?” Si Jesús es verdaderamente Dios, Jesús sabía que le iba a causar un dolor a Su Madre. Jesús estaba haciendo un signo que le iba a causar un dolor, pero que tenía un valor superior, que era mostrar Su obediencia absoluta y exclusiva a Su Padre Dios. Es desde luego algo misterioso. Cómo el Hijo de Dios, perfecto hombre, le puede causar un dolor a Su Madre, un dolor además de este calibre, que ella experimente la pérdida de un Hijo.

Pero lo que nos puede quedar a nosotros son estas dos cosas:

- * preguntar antes que condenar,
- * expresar el sentimiento antes de tragármelo; decir realmente lo que siento para que el otro se haga cargo de lo que hay en mí.

8- Versículo 47: Dice: «*Todos los que le oían estaban estupefactos, por su inteligencia y por sus respuestas*».

Ya de Niño Jesús mostró quién era. Recordemos que muchas veces Jesús dejó estupefactos a muchos. Estaba mencionando hace un momento justamente el episodio de aquella mujer adúltera. Recordemos que Jesús, ¿qué les dijo a los que la querían matar?: «*El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra*». Muchas respuestas de Jesús fueron impresionantes. Cuando venían a querer condenarlo y hacerlo caer en algún tipo de afirmación en contra de los escribas y de los fariseos, **Jesús contestaba con sabiduría.**

«*estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas*». ¡Qué maravilla! Un Dios que nos enseña a responder, que nos enseña a hablar. Miren, dice aquí que Jesús «*estaba en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles*». Y luego vemos a María que le pregunta a su Hijo. ¿Dónde aprendió Jesús a preguntar? ¿Dónde aprendió Jesús a responder? Seguramente lo aprendió de su Madre María, que luego le enseñó, y de su padre José. O sea que, **esta capacidad de relacionarnos apropiadamente, de aprender a escuchar, de no condenar, es algo que se aprende, que se enseña; que nosotros, hoy queremos pedir a Dios que nos conceda**, pero que también podemos transmitir cuando nosotros mismos tenemos estas actitudes frente a los demás y podemos ayudarles de una manera mucho más apropiada.

9- Versículo 49: Dice: «*Él les dijo: “Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?”*»

Dos preguntas. «*¿por qué me buscabais?*» Pareciera que Jesús con estas dos preguntas quiere subrayar, quiere remarcar que era algo que aparentemente ellos tendrían que saber. «*¿No sabían que yo debía estar en la casa de mi Padre?*» ¿Qué es lo que está queriendo decir Jesús? Que Él es, ante todo, **Hijo de Dios**.

Con este pasaje, Jesús está **declarando Su Divinidad**. Esto es otro misterio. En el Credo de la Misa nosotros decimos que «*Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre*». Jesús no es un rabino, un gurú; como diría alguien, un yogui; o quién sabe qué personaje iluminado. Jesús es mucho más que esto. **¡Jesús es Dios. Jesús es el Señor!**

En este pasaje, Jesús está declarando: “Yo debo estar en la casa de mi Padre porque ante todo soy Dios. Este Templo donde me encuentro en Jerusalén, es la casa de Dios y es el lugar que me pertenece, o más bien, al que yo pertenezco, porque aquí está la Presencia de Dios”.

Jesús, en otras palabras, está declarando Su Divinidad, y está diciendo que esa Divinidad está por encima de cualquier otra obligación humana. Es anterior, es prioritaria.

Y con esto también nos está enseñando a ser a nosotros hijos de Dios. Nosotros también tenemos este llamado a ser hijos de Dios, a **darle la prioridad absoluta** a las cosas de nuestro Padre. Jesús nos enseña: “Lo primero para mí, por encima de los lazos de sangre, de familia, de cualquier tipo de vínculo, de amistad, diríamos laborales, de cualquier género, es mi relación con Dios”. **Lo primero en mi vida es Dios**. Jesús con esto nos está enseñando las *prioridades*.

Vivimos en un mundo que nos quiere invitar a hacer muchas cosas a la vez. Lo primero es Dios. Entonces cuando tomemos una decisión: “Dios, ante todo, ¿Tú qué quieres; qué opinas; qué te parece?”. Que en nuestra agenda lo primero sea Dios.

Que tú te levantes y lo primero no sea necesariamente coger el teléfono celular a mirar videos o a responder mensajes de WhatsApp. Que lo primero sea elevar una oración a Dios. Que, en tu jornada, en tu semana, el primer día de la semana que es el Domingo, le dediques tiempo para Dios en la Santa Misa. Que cuando quieras restaurar tu vida y en este tiempo de Cuaresma reconciliarte con Dios, lo primero sea ir a la Confesión, al Sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación donde Dios me perdona y me restaura.

Eso es lo que significa “Yo debo estar en la casa de mi Padre”. Tu lugar es la casa de tu Padre. Que ya, después de Jesús, no es un edificio. Después de Jesús no tenemos que ir cada año a la Peregrinación, aunque sea este 2025 un Año Jubilar y convenga también ir a la Peregrinación. Pero no es una cuestión que sea de cada año. Cuando Jesús dice: «*Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad*» (**Jn 4,22-24**). Es decir, estar en la casa de mi Padre es estar en la presencia de Dios, es estar en la Voluntad de Dios. En el deseo de agradarlo, de amarlo, de seguirlo, de respetarlo.

10- Versículo 50: Dice: «*Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio*».

Esto a mí se me hace precioso. Así termina el pasaje. No comprendieron. O sea, José y María no comprendieron. Si ellos no comprendieron todo, ¿tú esperas comprenderlo todo? O sea, se puede vivir en la ignorancia. Se puede ser feliz sin saberlo todo. Se puede hacer la Voluntad de Dios sin saberlo todo.

Cuántas veces -como lo decíamos hace un momento- ese querer saberlo todo, esta curiosidad, esta ansiedad por tener todas las noticias, por saberme la vida de todos, por anticiparme, por saber lo que va a pasar en el futuro, que me llena de angustia. En el mundo entero, en los diferentes países, la gente quiere saber: “¿Será que este gobernante va a triunfar? Entonces, si va a triunfar, me voy a vivir a otro lado”. Y tengo que saberlo todo para tomar decisiones y esto me llena de angustia. **José y María no entendieron y no pasa nada.** No tienes que saberlo todo. Sin saberlo todo puedes ser feliz y obedecer a Dios.

11-Versículo 51: Dice: «*Bajó con ellos y vino a Nazaret y vivía sujeto a ellos*».

Jesús hizo un signo, pero no se convirtió en una especie de rebelde, de voluntarioso. Él «*vivía sujeto a ellos*».

Y dice, finalmente y con esto termina: «*Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón*».

El cierre de toda esta escena es la Virgen María que medita, que conserva, que cuida, que hace memoria, que se da cuenta que las cosas que pasan tienen un sentido, tienen un para qué, no son caprichos, no son cuestiones que pasan porque sí. Si hoy te pasan, aunque sean cosas sencillas, pregúntale a Dios: “Y esto, ¿para qué?” Esta dificultad de esta mañana, ¿para qué? Este obstáculo, ¿para qué?. O esta ilusión, esta propuesta, esta oportunidad, ¿para qué? **Guardarlo todo en el corazón.**

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

¡Qué maravilla! que el episodio de la pérdida y hallazgo en el Templo nos llena de esperanza, de ilusión, y nos muestra un montón de horizontes espirituales para nuestra vida.

Dios los bendiga.